

# EL INCIDENTE

Juan Esteban Sierra Quiceno

Hijo último de una numerosa familia antioqueña venida a más. Estudió medicina y después pediatría. Se frustró en el dibujo artístico y ahora lo intenta con la literatura y los juegos de azar. Ha participado sin éxito en algunos concursos y hasta ahora no ha publicado nada.



Llevaba años esperando saber algo de ella sin tener ninguna noticia de verdad confiable: es decir, noticias, y muchas sí me llegaban, pero no pasaban de ser meros chismorreos. Regularmente la llamaba, claro, pero exceptuando la fecha de su cumpleaños en la que apenas si me concedía un comedido “gracias”, jamás me contestaba. Como no podía verla nunca hacía alianza con el Facebook, y juntos dedicábamos horas a escudriñar los retacitos felices de su vida que solo de cuando en cuando publicaba.

Lo anterior les habrá sonado un poco patético, y ciertamente lo es, cómo no; sin embargo, mi intención no es dar una imagen inflada de mí mismo, sino contar con sinceridad esta historia.

Ocurrió cuando llevábamos poco más de un lustro separados, ya había perdido toda esperanza de reconciliación y por fin empezaba a vislumbrar mi vida sin ella. Por aquellos tiempos hasta me sorprendí cuando en una de esas noches de insomnio no pude evocar a la perfección su sonrisa, e incluso llegué a dudar si la comisura sobresaliente de la misma era la izquierda o la derecha. De cualquier modo, fue uno de esos días en los que apenas me deslizaba hacia al olvido, cuando llamó.

Tartamudeo vergonzoso de mi lado de la línea; del suyo, palabreo fluidísimo, como si hubiésemos pasados juntos la noche anterior, como si no nos separasen unos cinco años y más de cuatrocientos kilómetros. “Ya que estoy en *tu* ciudad, ¿nos tomamos algo?”, propuso. Anteriormente me había dicho esas mismas palabras, o en todo caso, unas muy similares; yo sí le respondía, por supuesto, sus escasísimas llamadas. La cuestión era que ella tenía el vicio de —en ocasiones, cuando visitaba a sus padres— invitarme a un trago o a una cena, al cine o al teatro, para al final, en el último minuto —casi siempre conmigo en el lugar convenido—, dejarme plantado con cualquier excusa. De todas formas, acepté. Ah, qué felicidad sentí en ese instante. Era una alegría de esas grandes e ingenuas. Pero también estaba nervioso, claro, como lo pregonaron mis axilas. Años sin vernos y ahora así tan de repente. Qué podría decirle tras esta larga separación: que no podía olvidarla; que me había lisiado para emprender un nuevo amor; que sin su compañía

me sentía tan solo que día a día me consolaba contemplando las fotos en que salíamos los tres (ella, yo y nuestra absurda felicidad), y que conservaba como un tesoro.

Quedamos en vernos en una cervecería-bar instalada en una antigua casa colonial de la localidad. Llegué unos quince minutos antes de lo acordado y me ubiqué en una mesa en el centro de lo que originalmente debió de ser el patio interior de la casona. Solitario en aquella mesa tan rústica y tan elegante trataba de alejar la idea de un nuevo plantón siguiendo con la mirada a quienes iban al baño: veía cómo estos subían o no, dependiendo si estaban en el patio como yo o en lo que antaño fueran las habitaciones de arriba, y luego atravesaban la totalidad del corredor del segundo piso, que con su bonita barandilla de cedro circundaba el mencionado patio. En tanto, me iba bebiendo una jarra de su famosa cerveza artesanal cada vez más tibia.

Hacia el final de la segunda jarra, llegó ella. Venía con su pelo largo y rubio, con un vestido negro y escotado y muy ceñido a su cuerpecito delgado, y con unos tacones altos que histriónicamente resonaban pisada tras pisada. La observé aproximarse a mi mesa con el orgullo masculino henchido, pues era consciente de que todos los ojos la seguían: lascivos, los masculinos; y envidiosos, los femeninos. —¡De veras estaba linda! Se inclinó para saludar. Me golpeó con aquel perfume dulzón que todavía usaba. Y después me estampó un besito solapado, es decir, en la mejilla sí, aunque donde esta limita con los labios. Enseguida se sentó, llamó al mesero y pidió una botella de Chivas con dos vasos. A mí no me gustaba el *whisky*, pero no le reproché nada —¿¡Quién podría!?

Cobijados por el rockcito del local y el murmullo ininteligible de las conversaciones aledañas, me habló sin parar sobre un sinnúmero de temas intrascendentes, puras *blabladurías*, las hubiésemos designado en nuestros buenos tiempos; y entretanto ella iba sirviendo vaso tras vaso —dos dedos y sin hielo, por supuesto— de aquel licor ambarino que los dos bebíamos de inmediato luego de hacer un brindis. Embelesado, escuchaba su conversación asintiendo con la cabeza a intervalos más o menos regulares, pero en realidad solo prestaba atención al sinuoso movimiento de sus labiecitos gruesos. La botella menguaba con rapidez y yo que no recordaba que tomara tanto, para no quedarle mal, con mis húmedas manos le imitaba sin falta cada uno de sus brindis. En un momento dado noté que su rodilla izquierda se apretujaba, riquísimo, contra una de las mías. Debían

de haber estado así de junticas desde hacía un rato, pero el exceso de alcohol me tenía los nervios un poco entumecidos. Entonces supe lo que tenía que hacer: deslicé, pues, mis dedos sudorosos entre su rubia cabellera para sujetarla firmemente por la nuca, le acerqué el rostro y besé sus bonitos labios que no ofrecieron resistencia alguna al paso de mi lengua. Nos besamos de esta manera largo rato, y solo nos detuvimos cuando se acercó el mesero para pedirle una nueva botella.

Los *whiskies* se encadenaban y nosotros ahí completamente exaltados: nos decíamos palabritas dulces, nos reíamos, nos acariciábamos, nos besábamos con desvergüenza. Ella me hacía sentir grande, duro, continuo. Con ella junto a mí, lo podría todo, *todo*. Excepto retener por más tiempo ese líquido áureo que, contra mi vejiga, peleaba por salir. Debía parar los besos, subir las escaleras, circundar el corredor del segundo piso, hacer la fila para entrar al único baño... ¡bah!, aún podría aguantar un poco más.

Proseguimos, pues, con los tocamientos, demasiado impropios para aquel sitio cada vez más atestado, claro, pero no nos importaba. La felicidad de estar juntos de nuevo y, por qué no, para siempre, me tenía totalmente achispado. Sentirla cerca y disponible, ah... qué seguridad me daba para hablar y actuar, yo que era un sempiterno tímido. Entre beso y beso charlábamos sobre todo lo que habíamos hecho en los últimos cinco años, sabedores de que nada da más arrechera que las confianzas. En fin, en esas estábamos cuando me asaltó una punzada pélvica mucho mayor que las anteriores. Definitivamente no podría dilatar más la visita al baño.

Le di un beso adicional y me levanté. Tan pronto estuve de pie comprendí dos cosas: la primera, que no era la reconciliación lo que me tenía así de achispado sino el alcohol; y la segunda, que se estaba peor, pero mucho peor, por fuera de la silla, porque ya, en lugar del silloncito, me sustentaba la náusea. Y por eso fue que me abrí paso hacia las escaleras atropellando clientes, sillas, meseros. No obstante, finalizando la escalera, quizá en el último de sus peldaños, con la velocidad se me escapó una arcada cuyo líquido ácido todavía pude retener apretando con fuerza los dientes. Entonces cambié de estrategia: ahora avanzaba despacito, de a poquitos, como quien no quiere la cosa, sin aflojar la mandíbula ni el piso pélvico, y sin soltar tampoco la bonita barandilla de cedro que circundaba el corredor. Y sin embargo, así y todo, di un mal paso que me sacó una segunda arcada que, sumándose a la previa, sobrepasó la capacidad de mis

carrillos abombados. El vómito, diluviente, chocó contra el suelo para después escurrirse entre las barandas hacia el piso inferior con sus mesitas rústicas y elegantes y sus comensales nada rústicos y aún más elegantes.

Intentando ignorar las imprecaciones por y para mi expulsión, terminé el corredor y colándome en la fila entré en el maldito baño. Oriné y me enjuagué la boca, y luego, cabizbajo, deshice el largo camino de vuelta a nuestra mesa donde solo me esperaban una botella de Chivas y el par de vasos vacíos. Dejé allí todo el efectivo que cargaba conmigo y salí despavorido del bar sin girar la cabeza ni regresar nunca.

De más está aclarar que no reiniciamos nuestra relación. Su vida ya la tenía por allá, y la mía, mal que bien, acá; y aparte, estaba el anterior incidente, por supuesto. De hecho, ni siquiera nos hemos vuelto a citar, así sea para dejarme otra vez plantado. Todavía nos quedan, eso sí, las llamaditas anuales, cada treinta de agosto, en su cumpleaños. ■